

# Las tramas íntimas de una vida<sup>1</sup>

## The intimate layers of a life

Daniele Petrella- Silvia Cattoni

UNC

### Resumen

Este trabajo ofrece dos comentarios complementarios de *Aún Aprendo. Cuatro experimentos de filología retrospectiva*, de Carlo Ginzburg. El objetivo fundamental es poner en relieve la potencia intelectual que caracterizó el pensamiento de Ginzburg analizado a la luz de su trayectoria como historiador. En relación a ello, el trabajo se articula en dos momentos que dan cuenta de dos experiencias interpretativas complementarias. La primera parte propone una lectura integral de la obra y a partir de los cuatro ensayos destaca los momentos fundamentales del desarrollo de Ginzburg como intelectual y la articulación del método de la microhistoria en su dimensión histórica y antropológica. La segunda parte, centrada en el segundo ensayo de *Aún aprendo*, “Los Benandanti. Cincuenta años después”, recupera, a partir del efecto emocional que todo acto de lectura promueve en un lector, el tono intimista de esta biografía intelectual que Ginzburg nos ofrece en esta obra.

**Palabras claves:** autobiografía intelectual, intimidad, microhistoria.

### Abstract

This article offers two commentaries on *Aún aprendo. Cuatro experimentos de filología retrospectiva* by Carlo Ginzburg. The fundamental aim is to highlight the intellectual power that distinguished Ginzburg's thought, analyzed in light of his career as a historian. In this respect, the article is articulated in two parts: the first one, based on an analysis of the four essays that make up the book, highlights the crucial moments of a process of formation and consolidation of the method of microhistory in its anthropological historical dimension. The second one, focussed on the essay “Los Benandanti. Cincuenta años después”, from the emotional effect that every act of reading promotes in the reader, recovers the intimate tone of the intellectual biography that Ginzburg provides in this work.

**Keywords:** Autobiography, microhistory, intimacy

---

<sup>1</sup> La presente lectura corresponde a la presentación del libro *Aún aprendo. Cuatro experimentos de filología retrospectiva* oportunamente realizada en la Facultad de Filosofía y Humanidades el 22 de abril de 2021. En dicha ocasión la presentación contó con la presencia del autor, Carlo Ginzburg, y los profesores de la FFyH Daniele Petrella, Silvia Cattoni y el profesor Enrico Lucca del Leibniz-Institut für jüdische Geschichte und Kultur – Simon Dubnow.

1) En 1918, Benedetto Croce publicaba las *Aportaciones a la crítica de mí mismo*, que –como revela inmediatamente el título– se configuraban como un balance crítico de su trayectoria biográfica e intelectual, redactado como respuesta a la siguiente pregunta formulada por Goethe, y puesta como exergo de la obra: *¿Por qué lo que hizo el historiador con los otros no debería hacérselo a sí mismo?* Creemos que el texto *Aún aprendo. Cuatro experimentos de filología retrospectiva*, recopilación de cuatro ensayos publicada en 2021 por la editorial Fondo de Cultura Económica, puede ser leída – como nos indica el adjetivo *retrospectiva*– como una respuesta ideal por parte de Carlo Ginzburg a la pregunta goethiana. En efecto, en el ensayo que abre el texto, “Esquemas, preconceptos y experimento doble ciego. Reflexiones de un historiador”, Ginzburg afirma:

Lo que desde hace mucho tiempo me atrae en el experimento doble ciego es la combinación entre la búsqueda de la prueba (que vincula historiadores, jueces, médicos) y la aguda, y muy rara, conciencia de la eventualidad de que quien investiga puede perjudicar los resultados proyectando, sin quererlo, junto a hipótesis o esquemas, expectativas y prejuicios. *Se necesita esterilizar los instrumentos del análisis, me repito a mí mismo desde hace años; aunque el primer instrumento para esterilizar es naturalmente el investigador.* [cursivas añadidas] (2021, p. 49)

Justamente para evitar el hecho de que el médico pueda falsear los resultados de la investigación, se necesita el experimento doble ciego; asimismo, para Ginzburg, variando la imagen de la *esterilización* –que vuelve a aparecer al comienzo del tercer ensayo *Medallas y caracolas* (véase p. 78), escrito como posfacio a la nueva edición italiana de *Historia nocturna* para la editorial Adelphi en 2017–, es central emplear la figura del “abogado del diablo” (p. 124), que en la Iglesia Católica pone objeciones y obstáculos a los que proponen procesos de canonización y beatificación para determinadas personas. El objetivo de Ginzburg es, como se requiere en el experimento doble ciego, “evitar el riesgo de encontrar lo que se busca” (p. 123). Ahora bien, no es esta claramente la sede donde discutir y dar cuenta de la extraordinaria riqueza y complejidad teórica y conceptual del texto de Ginzburg. Lo que nos proponemos mostrar en esta breve reseña es la profunda conexión de los ensayos que constituyen *Aún aprendo* con el programa metodológico inaugurado por Ginzburg con la publicación por la editorial Einaudi de *El queso y los gusanos* de 1976, es decir con las investigaciones de microhistoria. En este sentido, el ensayo que Ginzburg redactó con Carlo Poni en 1979 –el mismo año en que salió el fundamental ensayo *Huellas. Raíces de un paradigma indiciario* (Ginzburg, 2003, p. 93-156)–, y que tiene como título “El nombre y el cómo” (Ginzburg, 2003, p. 77-92), se configura como una valiosa clave de lectura para comprender el desarrollo de la trayectoria intelectual del historiador

italiano. Fiel a la lección del historiador francés Bloch, Ginzburg pone de relieve la importancia de una *historia cuantitativa*, es decir, de una historia que sepa estudiar de un determinado periodo histórico las fluctuaciones económicas, los precios, los registros de propiedades, etc., con el declarado objetivo de tratar de comprender la vida cotidiana de los distintos actores sociales de una determinada sociedad. Claro está que, para entender de manera cabal las dinámicas económicas de una determinada sociedad y en un determinado contexto y período histórico, hay que moverse en una perspectiva de *larga duración*. Como en el caso de la economía, también la antropología es una disciplina que ofrece al historiador muchos temas –“desde la importancia de los rituales simbólicos hasta la magia” (Ginzburg, 2003, p. 82-83)– para destacar el objeto de las investigaciones microhistóricas: lo vivido. En el ensayo *El inquisidor como antropólogo* (Ginzburg, 2003, p. 303-320), publicado originalmente en sueco en 1988, Ginzburg hace hincapié en que el trabajo de estudio de los procesos inquisitoriales e investigación en los archivos eclesiásticos y en las bibliotecas se asemeja al trabajo de campo de los antropólogos modernos (se piense en el caso formidable de Claude Lévi-Strauss). Para dar cuenta, entonces, del título de la contribución de 1979, resulta crucial rastrear el nombre de una persona o de una familia en los distintos fondos de archivos para poder empezar a reconstruir el entramado de las relaciones que permiten iluminar su vida. Pero, preguntémosnos, ¿de qué vida quiere ocuparse Ginzburg? Se podría decir que las dos obras maestras *I benandanti* de 1966 y *El queso y los gusanos* tratan, respectivamente, de las historias de dos personas aparentemente menores, es decir de la sirvienta Chiara Signorini y del molinero Domenico Scandella, conocido como Menocchio. Escribir, haciendo Ginzburg un trabajo de campo en los archivos, las historias de estas dos personas significan hacer una *historia cualitativa* –por ejemplo, ¿quiénes son Chiara Signorini y Domenico Scandella?– en el marco de una *historia cuantitativa*; o, mejor dicho, para llevar a cabo una investigación microhistórica, las dos dimensiones de indagación, cualitativa y cuantitativa, tienen que ser cruzadas. En este sentido, la microhistoria se configura como una *investigación micronominativa*, ya que el centro de gravedad de la indagación es “una red de relaciones sociales en la cual el individuo está inserto” (Ginzburg, 2003, p. 86). El nombre propio se revela de esta manera, para Ginzburg, como un hilo conductor, en el contexto del cruce de las dos dimensiones de historia que acabamos de mencionar, para poder explorar la complejidad teórica e importancia vital de las capas subalternas de la sociedad. Más allá de la discusión del relevante tema de la hibridación cultural entre lo alto y lo bajo –que vuelve a aparecer en *Aún aprendo*, en particular en los ensayos “Los Benandanti, cincuenta años después” y “Medallas y caracolas”–, al que Ginzburg había consagrado el extraordinario ensayo “Lo alto y lo bajo. El tema del conocimiento vedado en los siglos XVI y XVII”, contenido en la

recopilación *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia* de 1986, hay que destacar el significado de la otra palabra del ensayo de 1979: el cómo. ¿Cuál es, entonces, la modalidad de investigación que Ginzburg quiere llevar a cabo? Si tomamos como punto de referencia la definición de “*excepcional-normal*”, muchas veces citada por Ginzburg en sus obras y elaborada por el historiador italiano Grendi, con *normal* se entiende, generalmente, una *base documentaria relevante* que pueda ser utilizada por los historiadores como medio de acceso y comprensión de la realidad social a estudiar. Pero, se pregunta Ginzburg: ¿cuántas veces centenares de documentos oficiales resultan ser estereotipados? Si hacemos referencia a la notoria conclusión de la tesis VII del escrito póstumo de Benjamin *Sobre el concepto de historia*, debemos, según Ginzburg, “pasarle a la historia el cepillo a contrapelo”, para saber leer entre líneas los documentos; o, como decía Bloch en la póstuma *Apología para la historia*, detectar en los documentos los *testimonios involuntarios*. Si las fuentes han sabido callar las voces de las clases subalternas, un documento *excepcional* –como ha sido el descubrimiento por parte de Ginzburg de los procesos inquisitoriales en los archivos de Udine contra los Benandanti– puede arrojar una luz imprevista no solamente sobre la realidad social de los actores involucrados, sino también sobre ellos mismos. Otra variación de este mismo tema es la referencia por parte de Ginzburg a *Las estructuras de las revoluciones científicas* de Kuhn, cuando el historiador italiano destaca cómo algo aparentemente periférico en un determinado paradigma puede cobrar, bajo otra perspectiva y mirada de estudio, una relevancia y consistencia tal que pone en discusión y subvierte el viejo paradigma de pertenencia, contribuyendo a fundar un nuevo y más fecundo paradigma de comprensión. Lo que es, entonces, aparentemente marginal se configura como un indicio de una realidad más profunda y compleja que, generalmente, no resulta perceptible mediante la voz oficial de los documentos. Por esto aboga el minucioso análisis microhistórico o microscópico de Ginzburg, que permite reconstruir, por un lado, en el interior de una escala reducida la dimensión vivida, o lo vivido, de las personas pertenecientes a la clase subalterna, y, por el otro, sacar a la luz e investigar las estructuras *involuntarias* o –por decirlo en términos freudianos– *inconscientes*, en cuyo interior se articula y está inserto lo vivido. Como se ve, la riqueza de las referencias de Ginzburg se extiende no solamente al psicoanálisis freudiano, sino también a la lingüística de Saussure y Jakobson, gracias al cual Ginzburg entiende la noción de estructura no como fija y rígida, sino en los términos de un sistema que engloba tanto la sincronía como la diacronía. Si el objetivo de las investigaciones microhistóricas es presentarse como una *ciencia de lo vivido*, entonces la microhistoria no será una aplicación particular o una verificación puntual de reglas generales o macrohistóricas, ya que la complejidad y el orden de los análisis son claramente otros. Por eso, resulta importante el uso a nivel

metodológico de la noción de *comparación* por parte de Ginzburg, que se configura como la herramienta de análisis entre morfología e historia o –como dice el subtítulo de *Aún aprendo*– entre filología y retrospección.

II) La posibilidad de abordar un nuevo texto de Ginzburg se vuelve siempre promisoría para sus lectores. En mi caso, la expectativa cobra, además, significado por la fuerza y resonancia que ese apellido adquiere en mi imaginario. El apellido Ginzburg es, para mí, un cronotopo fundamental en el que la defensa de la libertad ha dado los casos más emblemáticos de lucha, resistencia y memoria. Llegué a ese nombre desde la literatura. Fueron, precisamente, los textos de Natalia Ginzburg, en su gran mayoría autobiográficos, los que me permitieron a través de la rememoración ingresar a la intimidad de un entramado de voces y presencias fundamentales para entender aspectos de la historia italiana del siglo XX. Voces y presencias que me habitaron desde el primer momento en que los leí. A partir de ellos, encadené una serie de relaciones que me ligaron a la familia Levi/Ginzburg y a la constelación de personas y libros que gravitó en torno a ella. Un conjunto de nombres imprescindibles para comprender la dramática época del período de entreguerras, de la Segunda Guerra Mundial y el sucesivo optimismo programático ante nuevas formas democráticas de vida social. Figuras como Leone Ginzburg, Piero Gobetti, Giulio Einaudi, Norberto Bobbio, Cesare Pavese, por nombrar solo las más relevantes, me han ayudado a pensar el valor de la resistencia y el compromiso civil, necesarios en toda comunidad humana, para contrarrestar los efectos lacerantes de la irracionalidad, la violencia política y las consecuencias ominosas de la persecución racial. Esa misma constelación fue la que me mostró, también, el significado de la memoria, el compromiso ante la palabra, el valor de un pensamiento riguroso y el sentido de responsabilidad que, con ideales sociales, enaltecieron la vida de tantos hombres y mujeres. El apellido Ginzburg se enlaza, entonces, con esta tradición y es, para mí, un emblema de justicia y libertad que me ayuda a pensar la complejidad del mundo contemporáneo.

En esta línea de sentido, encuentro invariablemente en los textos de Carlo Ginzburg el despliegue de una potencia que me permite concebir la lectura no solo como acto intelectual sino también como estímulo emocional, una experiencia íntima de decidida apertura al otro que vincula las formas del sentir con las del pensar, una síntesis siempre enriquecedora. Por ello, cada nuevo texto suyo es un incentivo alegre y transformador, garantía de asombro ante la fuerza de un intelecto apasionado que procura, con empeño, reducir siempre un poco más la ignorancia que nos limita.

Estos ejercicios de filología retrospectiva, recopilados y presentados por Ginzburg en el volumen en cuestión, pueden leerse como nuevas indagaciones en las que el historiador privilegia una operación de segundo grado que toma como objeto de estudio su propia actividad de investigación. Y es mediante esta forma de apropiación de distintas etapas de su pasado personal como investigador, analizadas detalladamente en sus fases y procedimientos, cuando la inteligencia vuelve a mostrar sus atributos y a ofrecernos nuevas formas de aprendizaje. Por esa razón entiendo que en las dos primeras palabras que componen el título principal, *aún aprendo*, está cifrada la garantía de asombro, la disposición por una interrogación continua, la convicción de que todo saber es provisorio y parcial, y el rechazo de cualquier forma de dogmatismo. Es este un experimento filológico que aborda un proceso pero que permite, además, advertir los modos en los que la vida misma del investigador se va modelando a partir de las características específicas de un oficio. Y, así, el autor llega a comprender por qué se ha convertido en el hombre presente, es decir, en el ser que se escribe y que presenta sus argumentaciones a partir de novedosas relaciones entre disciplinas afines, que sabe del valor del azar en todo proceso de investigación, que definió un paradigma indiciario como método que encuentra en el detalle una nueva vía de acceso al pasado. Un ejemplo más de *lectura lenta*, pero esta vez, no de un documento sino de su propio hacer como reaseguro de todo principio metodológico. En ese rigor filológico descubro, con admiración, la continuidad de la más sólida tradición humanista italiana.

El libro nos presenta el dinamismo cognoscitivo de un yo que, tras una extensa y consagrada actividad como investigador, continúa preguntándose por su método de trabajo, y, en un claro ejercicio de humildad, comparte con el lector la intimidad de su propia interpelación. Aunque Ginzburg declare “que los aniversarios le interesan poco” (2021, p. 55) y que “el impulso metodológico se antepone a la intención autobiográfica” (p. 55), hay en estos ensayos una primera persona que, reconociendo la inconsistencia del propio yo, con actitud reflexiva y rigor analítico, busca nuevos sentidos en su pasado. Es por esto que, no obstante Ginzburg reniegue de ello, no puedo dejar de leer los ensayos de este libro como textos de memoria en los que el autobiógrafo investigador rememora la materia de su vida, aquella que lo vincula con su oficio y, en esta inmersión introspectiva, la aclara y exhuma, no bajo la presión de lo aleatorio sino siguiendo la voluntad del yo actual comprometido todavía con el acto de aprender. En ese ejercicio de continuo aprendizaje es que Ginzburg nos entrega otra versión de sí mismo, no la del investigador que constata hipótesis, obtiene resultados y cierra caminos sino la del hombre honesto que, consciente de que todo saber es

provisorio, necesita revisarlo y cuestionarlo. De ahí que los textos que componen *Aún aprendo*, no pueden leerse sólo como ejemplos de erudición de un yo en contacto con documentos inquisitoriales, preguntas teóricas, textos literarios e históricos, sino como una autobiografía intelectual en la que la reflexión metodológica se entrelaza con la historia personal del propio investigador: un oficio que modela una vida y una vida que encuentra su sentido pleno en el propio oficio.

De los cuatro ensayos que componen este libro hay uno que me interesa especialmente, “Los Benandanti, Cincuenta años después”, tal vez porque había escuchado una primera versión en mayo de 2017 en el ciclo de conferencias *La scoperta che mi ha cambiato la vita*, organizado por la Normale di Pisa. Ya en aquel momento, el texto materializado en la voz del propio autor me había conmovido profundamente. El entorno era de por sí propicio para la emoción no solo del público sino también del mismo conferencista. Después de toda una vida dedicada a la investigación histórica y con el reconocimiento de toda la comunidad científica internacional, Ginzburg regresaba, con la experiencia ganada, al lugar de su primera formación para presentar esta reflexión sobre uno de sus más importantes trabajos del año 1966, *I benandanti* que, junto a otras destacadas investigaciones dedicadas al estudio de la herejía en el período de la inquisición definen uno de sus más importantes intereses teóricos.

En esa minuciosa retrospectiva encontré uno de los más hermosos relatos de intimidad y memoria especulativa, donde el deseo continuo por la indagación aparece como uno de los ejes estructurantes de una vida. El texto nos propone un camino a la interioridad de un sujeto que, consciente del esfuerzo y la fatiga que el acto de aprender supone y consiente, también, de que todo conocimiento es un proceso, es capaz de revisar, con una nueva perspectiva, sus investigaciones más antiguas. Todo esto concluye en un fragmento de historia personal en la que el yo contempla resultados a partir de la nueva interpretación que le permite ahora el presente. Y así en un acto de honestidad epistemológica Ginzburg nos ofrece, generosamente, otra versión de sí.

Hay, sin dudas, en “Los Benandanti, cincuenta años después”, una especial sensibilidad en el tono, una actitud emocional asumida por el narrador que marca el estilo y que involucra al lector. Si toda autobiografía busca en parte el conocimiento de sí, Ginzburg asegura una mayor y mejor comprensión de su propio método de trabajo a partir de una especial manera de tramar el orden de sus recuerdos. Las escenas de su pasado, vinculadas a la primera fase de su oficio de historiador, están seleccionadas con cuidado.

Y así mediante determinados anclajes biográficos, necesarios para la reflexión metodológica, el yo asegura el pacto de referencialidad que toda autobiografía requiere para transmitir un orden de verdad y garantizar la sensación de vida. La imagen del joven de 20 años que, ante los estantes de la biblioteca de la *Normale*, decide ser historiador, estudiar temas de brujería y prestar atención a las víctimas, constituye una forma eficaz de situar la reflexión epistemológica en una trayectoria vital. Una rememoración que, siguiendo el orden raro que impone el presente sobre el pasado, teje nuevas asociaciones y se ilumina con el recuerdo infantil en tiempo de guerra: el del niño que reconocía, temprana y abruptamente, su condición de judío perseguido y que, ante la inminente amenaza alemana, enmascaraba su nombre firmando como Carlo Tanzi su libro de cuentos *Il più felice bambino del mondo*. Me gusta pensar que Ginzburg atesoró de ese recuerdo de infancia y llevó a su vida de adulto parte de la felicidad ya cifrada en el título. Y pienso que él corrobora esta hipótesis cuando nos dice:

Enseñar ha sido mi oficio o más bien un aspecto de mi oficio, junto con la labor investigadora. A menudo suelo decir que me gusta enseñar. Pero aprender me gusta aún más. Considero que aprender es una de las grandes alegrías de la vida. (2021, p. 11).

En esta serie de recuerdos están también aquellos dedicados a sus profesores, al sistema de lecturas en el que se formó y al valor de la interacción con los pares. En este texto de rememoración, en el que el yo de hoy trata de restablecer la alteridad con el yo del pasado, Ginzburg concede especial atención a sus lecturas y a quienes fueron sus interlocutores: sus maestros, colegas y amigos con los que el diálogo fue cobrando espesor teórico y el oficio de historiador fue combinándose con la etnografía. Delio Cantimori, fue “el historiador de carne y hueso que más influyó en su formación” (2021, p. 58), y Carlo Dionisotti, quien supo alertarlo sobre el valor de *lo inesperado* en todo proceso de investigación. Las lecturas de Antonio Gramsci, Carlo Levi y Ernesto De Martino que ayudaron a configurar una especial atención por los subalternos, los débiles, los excluidos a los que Ginzburg supo rescatar del olvido. Lecturas que ayudaron a desarrollar una particular forma de observación y comprensión del otro. En estas referencias bibliográficas resuenan los ecos de la propia historia que remiten a la experiencia temprana del confinamiento, los años de persecución y la figura del padre.

El recuerdo ordena, además, las escenas de los días transcurridos en soledad en las salas de los Archivos de Moderna y Venecia, de la investigación de procesos inquisitoriales a partir de la búsqueda azarosa de documentos vinculados con la magia y la herejía, del encuentro fortuito con un

caso ejemplar que dio, en aquel momento, un giro inesperado a la investigación y permitió la formulación de nuevas y potentes hipótesis de trabajo.

De esta manera, el rigor, la constancia, el empeño y la fatiga que guían todo proceso de investigación posibilitaron a Menichino da Latisana, nombre emblemático de una larga lista de personas olvidadas, un nuevo nacimiento. El descubrimiento de los Benandanti, un fragmento desconocido de cultura campesina friulana, que cifraba aquelarres diabólicos con sus batallas nocturnas por la fertilidad posibilitó, más tarde, nuevas relaciones con la cultura rural de otras zonas de Europa. Y, de esta forma, un mundo oculto se develaba y un tema de la historia moderna nunca antes estudiado cambiaban radicalmente la vida del joven investigador. El recuerdo del éxtasis experimentado ante este descubrimiento ofrece las nítidas imágenes de quien procesa su hallazgo, mientras camina y fuma junto a la Iglesia de los Frari. El recuerdo de la gran sala del archivo de la Curia y los volúmenes de los tantos procesos celebrados ante el tribunal del Santo Oficio de Friuli dieron el marco general a los años sucesivos, caracterizados por la solitaria y fructífera indagación sobre los casi cincuenta procesos que encontraban, después del inquisidor, un nuevo lector/investigador que comenzaba a otorgar la racionalidad que ese pasado demandaba. Y en este proceso también se volvió fructífera la identificación historiador/inquisidor que supo revelar nuevas relaciones y formas de analizar la historia.

Sin embargo, en este ejercicio de retrospectiva llevado adelante por Ginzburg, los recuerdos de la propia vida, lejos de promover una mitología personal, revisten en el texto un valor instrumental, porque no es la vida del historiador la que se pone en primer plano, sino la reflexión del investigador que casi cincuenta años después busca la efectividad de un modo de trabajo y los valores que definen una ética. Si bien en este texto, como en otros, el trabajo del investigador que revisa, repregunta, asegura, constata y corrige se revela minucioso, erudito, complejo y la vinculación de autores, libros y tradiciones exigen concentración y lectura atenta, hay otro rasgo que no deja de sorprenderme: Ginzburg no abandona nunca a sus lectores, más bien los conduce con ritmo y amabilidad sintáctica en una continuidad narrativa que asegura la comunicación convocante propia de un intelectual honesto que sabe poner al alcance de quien se acerca, un material de alta calidad intelectual y, de este modo, celebrar los valores de la dignidad humana. Bajo la consigna *trufas para todos*, su lema disciplinar que guía el proceso de comunicación de resultados, el profesor Ginzburg ha logrado despertar en sus lectores la alegría que sustenta el deseo de aprender, el mismo que fundamenta, orienta y da sentido a toda su praxis.

Quizás, para terminar, convendría recordar –porque cobra vigencia con cada nuevo libro de Carlo Ginzburg– aquella recomendación que en 1961 escribiera un cura historiador en un pedacito de papel para que le permitieran el acceso al archivo de Udine, donde, precisamente, encontró el proceso de Domenico Scandella, el ya célebre Menocchio: “Il dottore Ginzburg è persona degna di fiducia”.

## Bibliografía

Benjamin, W. (1973). *Tesis sobre la filosofía de la historia en Iluminaciones I*. Madrid: Taurus, 175-194

Bloch, M. (2001). *Apología para la historia o el oficio del historiador*. México: Fondo de Cultura Económica.

Croce, B. (2000). *Aportaciones a la crítica de mí mismo*. Valencia: Editorial Pre-textos.

Ginzburg, C. (1966). *I benandanti. Ricerche sulla stregoneria e sui culti agrari tra Cinquecento e Seicento*. Torino: Einaudi.

Ginzburg, C. (2017). *Storia notturna. Una decifrazione del sabba*. Milano: Adelphi.

Ginzburg, C. (2003). *Tentativas*. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Ginzburg, C. (2021). *Aún aprendo. Cuatro experimentos de filología retrospectiva*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ginzburg, C. (1999). *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*. Barcelona: Gedisa.

Ginzburg, C. (1998). *El queso y los gusanos. El cosmo según un molinero del siglo XVI*. México: Océano.

Kuhn, T. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Fecha de recepción: 6 de octubre de 2022.

Fecha de aceptación: 22 de octubre de 2022.

 Licencia     **Atribución**  
– No Comercial – Compartir Igual  
(by-nc-sa); No se permite un uso  
comercial de la obra original ni de  
las posibles obras derivadas, la  
distribución de las cuales se debe  
hacer con una licencia igual a la  
que regula la obra original. Esta  
licencia no es una licencia libre.

